

UN MUNDO FRACTURADO



© Fabian Charaffi, Unesco

Francisco Sagasti

Ex jefe de planificación estratégica y asesor principal del Banco Mundial, Francisco Sagasti es director del programa Agenda Perú en el FORO Nacional/Internacional, una institución que promueve la gobernabilidad democrática e impulsa el diálogo y el consenso en torno a los problemas de desarrollo. Es autor de más de veinte obras; la más reciente es *Development cooperation in a fractured global order* (con Gonzalo Alcalde, IDRC, 1999). El presente texto está tomado de su intervención en una serie de "Conferencias del siglo XXI" que se llevó a cabo en la sede de la UNESCO, en París, el 6 de noviembre de 1999.

La visión que se tiene de la mundialización es muy diferente según se la mire desde las capitales de Occidente o desde las ciudades del Sur, donde vive la mayor parte de la humanidad. Cuatro ejemplos tomados de mi país, el Perú, ilustran la forma en que se aprecian las fuerzas antagónicas de la mundialización desde la ribera opuesta.

En octubre de 1999, 28 niños murieron envenenados en Taucamarca, una aldea remota de la región montañosa del Perú, después de beber agua con leche en polvo en una cuba destinada a un poderoso insecticida. El insecticida en cuestión está prohibido en casi todas las naciones industrializadas, pero se sigue vendiendo en algunos lugares como mi país.

Los cultivadores de papas se reúnen todos los años en Cajamarca, en el norte del Perú, para intercambiar las mejores semillas que han producido en el último año. Para esas comunidades es un motivo de orgullo compartir con las demás esas semillas que ayudarán a mejorar la producción. En 1999, algunas empresas transnacionales asistieron al encuentro y se están movilizándose para patentar los genes de esos productos tradicionales a fin de venderlos y obtener beneficios.

Los indicadores macroeconómicos del Perú son excelentes. Los banqueros le dirán a uno que el país ofrece magníficas oportunidades para los inversores. Pero, desde el punto de vista de los peruanos, la situación es mucho menos atractiva. En los últimos diez años, 50% de la población ha vivido por debajo del límite de la pobreza. Los ingresos de 20% de la población, que se encuentra por debajo del límite crítico de la pobreza, son insuficientes para satisfacer incluso un nivel mínimo de nutrición. Dos tercios de la mano de obra se halla en situación de desempleo o de subempleo, y entre el momento actual y 2005 se incorporarán al mercado de trabajo un número mayor de individuos que en el conjunto de la Unión Europea.

El especialista estadounidense en ciencias políticas Benjamin Barber señaló hace poco que la democracia estadounidense había degenerado al dar acceso al poder a un grupo de truhanes para terminar reemplazándolos al cabo de cuatro años por otro grupo de truhanes. Desde el punto de vista del Sur, esa situación parece muy satisfactoria. En un contexto en que los truhanes manipulan las elecciones y se mantienen en sus cargos durante quince o dieciséis años, sería una suerte poder despacharlos mediante elecciones pacíficas cada cuatro años. Por consiguiente, lo que provoca las quejas del Norte a menudo constituye una aspiración para el Sur, y los progresos de las naciones industrializadas pueden constituir una amenaza para los países en desarrollo.

Hace diez años, en medio de la euforia de la mundialización, pronostiqué que estábamos entrando en un orden mundial fracturado. La mundialización nos pone en contacto a unos con otros, pero agudiza también las divisiones y fracturas en las sociedades y los ingresos, y, lo que es más grave, en las posibilidades de generar y aprovechar conocimientos. En los últimos diez años, la concentración de la riqueza y del poder ha aumentado considerablemente tanto dentro de las sociedades como entre estas últimas.

Existe un verdadero riesgo de que surjan dos civilizaciones: una basada en la capacidad de generar y de utilizar conocimientos, y otra que recibirá pasivamente conocimientos desde el exterior y no estará en condiciones de modificarlos. Esta división de los conocimientos se convertirá en un abismo infranqueable. Es preciso que la comunidad mundial vuelva a los principios fundamentales de la cooperación entre las naciones e introduzca la idea de que un nivel mínimo de capacidad científica y tecnológica, es absolutamente necesario para los países en desarrollo, como un asunto que concierne a la solidaridad internacional.

Ese objetivo puede lograrse. Pero los gobiernos ya no son los protagonistas del juego de la ciencia y la tecnología. Nos guste o no, el sector privado y la comunidad académica han de ser invitados a discutir en torno a una mesa con los gobiernos del Norte y del Sur a fin de elaborar un programa sobre la movilización de la ciencia y la tecnología para el desarrollo. A la UNESCO, única organización de las Naciones Unidas encargada del desarrollo de las ciencias, le incumbe un papel esencial en el fortalecimiento de esa cooperación internacional. ■